

terios religiosos la gloria del Dante, y tiene cuidado de apuntar el fúnebre ciprés de donde están pendientes los laureles póstumos del Tasso. Miguel Angel, Rafael, Pergoleso encabezan la brillante galería de los artistas célebres, mientras por otra parte, el coliseo, los obeliscos, todas las maravillas que desde el centro del Egipto y de la Grecia, desde la extremidad de los siglos, desde Rómulo hasta Leon X, se han reunido en aquella tierra clásica, como si la grandeza atrajese á la grandeza, parece que han apiñado sobre los muros de los palacios pontificios todas las antiguas glorias y todos los bellos siglos de las letras y de las artes.

No soi tan avaro, Señores, que mientras en este bello asunto reclamo para Dios lo que es de Dios, rehuse al mismo tiempo al César lo que es del César. Conozco que los soberanos temporales han tenido una parte no pequeña en los maravillosos progresos de las bellas artes; y sé tambien, que en los mas ricos museos de la Europa figuran con el esplendor que les corresponde los monumentos que ha consagrado el genio del artista, no solo á nuestros asuntos sagrados, sino á los mas señalados cuadros de la historia profana. Pero recuerdo al mismo tiempo, sin temor de menoscabar la gloria de tantos soberanos ilustres, que cuando el mundo moderno se sorprendia con los monumentos del arte, los principios católicos entraban sin repugnancia en la ciencia política, y el genio del cristianismo brillaba con magestad, no solo en las moradas de los Pontífices, sino tambien en los palacios de los Reyes. Una palabra más, y concluyo. Invadió el protestantismo la tierra, y las bellas artes quedaron reducidas á una condicion bien humillante. „Cortó, dice Chateaubriand, las alas al genio, y

„le hirió por el pié. La religion católica ha cubierto al mundo con sus monumentos: á ella se le debe esa arquitectura gótica que rivaliza por sus pormenores, y borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; su poder es ya muy notable en Inglaterra, en Alemania, en América, y millones de hombres le practican: ¿qué monumento ha levantado? Os mostrará las ruinas que ha hecho: entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas (1).”

XII.

Pero, si es muy sensible la influencia del principio teológico en el buen cultivo de esos conocimientos que se han pretendido suprimir de la serie de los estudios eclesiásticos; no es ménos incuestionable la suficiencia de la educacion religiosa para formar al hombre social. Ya se trate del primero y mas importante objeto de la educacion, que es formar el carácter y las virtudes, ya se considere su parte ménos esencial pero muy útil, que es la cultura y el pulimento del trato; ¿quién, sin una estupenda ingratitud é ignorancia, rehusaria la capacidad para conseguir ambas cosas á una institucion que ha esparcido las virtudes por toda la tierra, estirpado la barbarie, creado las modales finas y caballerescas, y por último, civilizado al mundo? Mas para comprender la suficiencia omnimoda de la educacion eclesiástica, basta comparar la eficacia de sus medios con la impotente solicitud de la urbanidad filosófica.

Si en las ciencias, Señores, la Iglesia con sus principios desenvuelve una influencia universal mas ó ménos

(1) *Etudes historiques. Preface.*

directa; en las costumbres es evidentemente el todo, pues á ella pertenece por entero cuanto puede referirse á la marcha de de la conducta, al cultivo de las virtudes y á la perfeccion moral de las naciones: sus principios, sus máximas y sus prácticas, tan antiguas como incontrastables, han pasado ya por todas las pruebas, diez y nueve siglos cuentan de victorias, y la opulencia de los Estados, á par que las revueltas políticas y las vicisitudes de los pueblos, sirven igualmente para dar fin y consumacion al magnífico aparato de racionios evidentes, y de altas y continuas experiencias, con que muestra sus títulos y comprueba su mision de formar el carácter del individuo, engendrar el buen sentido de las masas y enderezar á la perfeccion la marcha progresiva de la sociedad. Yo bien sé que en diferentes épocas, y mui principalmente hoi, se le ha disputado esta noble prerogativa, y no han trascurrido muchos meses desde que la prensa mejicana empezó á levantarle un proceso, con el fin de arrancar de las manos de sus ministros la educacion de la juventud. No me propongo defender aquí la causa del clero, respondiendo directamente á los cargos que le han hecho sobre este punto algunos periódicos del pais; pero reservando para el lugar mas oportuno el exámen de nuestro proceso, prescindo por ahora del clero mejicano, para dar mayor amplitud á mis ideas, buscando aquí las relaciones que existen entre la educacion eclesiástica y el bien estar político y civil de las naciones.

La Iglesia pone al frente de sus máximas un importante principio práctico, que por desgracia se ha pretendido extinguir desde los principios del siglo décimo octavo: *En materia de enseñanza, cuanto baste; en materia de educacion cuanto se pueda.* No saber mas de

lo que conviene, seguir la carrera de los conocimientos sin traspasar los términos de la sobriedad: he aquí lo que la Iglesia nos enseña con San Pablo: ¡Máxima sublime! ¡baluarte inexpugnable contra el poder maligno y destructor que una razon exagerada puede desarrollar contra la sociedad! Por desgracia la condicion miserable y abyecta de las masas en los pueblos mas cultos y opulentos de la Europa nos ha hecho distinguir en este pasaje del Apóstol de las gentes, no solamente la doctrina del maestro, sino tambien la voz del profeta. Traspasaron las letras los límites de la sobriedad cristiana, y el mundo filosófico volvió al caos del esceptismo, como el mundo político brotó de sus polos al torbellino desastroso de revoluciones interminables. Sacaron las artes el pié de la línea que la sobriedad cristiana tiró para demarcar su carrera, y el monopolio, enseñoreándose de los campos y de los talleres, redujo al ocio á infinidad de brazos, condenando á la clase laboriosa é indigente á presenciar los soberbios triunfos de la avaricia sobre la humanidad. De este modo se reconoce, aunque tarde, que la Iglesia tiene con sus máximas las llaves de la prosperidad pública; que en materia social los gobiernos deben sin duda comenzar por la educacion, mediar por la virtud y concluir en el bien comun de los pueblos. Pero la educacion, la virtud y el bien, se han buscado en vano, Señores, fuera de la Iglesia desde que una voz divina comunicó á sus ministros la mision benéfica y sublime de difundir la luz y la felicidad por todo el universo. Desde entónces la *filantropía* anda perdida en los vocabularios, miéntras la *caridad* corre con los siglos, anima las generaciones y rebosa de la tierra.

Se ha creído hacer un descubrimiento desde el último siglo con separar la enseñanza de la educación, mientras la Iglesia, viendo con una compasión maternal este vanidoso tartamudeo de la filosofía, vuelve sobre sus antiguas máximas, para exponer por la milésima vez al público desprecio el delirante orgullo de los sabios del siglo. Es muy triste por cierto, ver que al cabo de seis mil años no se ha podido comprender, que el hombre debe instruirse educándose y educarse instruyéndose, bajo la pena de violentar su naturaleza y exponer sus facultades á ser la víctima, ó cuando ménos el miserable juguete de los caprichos filosóficos; que los conocimientos deben caminar en su respectiva línea al mismo paso que las virtudes, bajo la pena de perder con sus caracteres de utilidad, sus títulos á la estimación, bien así como las virtudes suponen cierto desarrollo de la inteligencia en relación con su objeto, y por lo mismo cierto grado de instrucción. La Iglesia, Señores, no ha confundido nunca las cualidades del espíritu con las prendas del corazón: la voluntad y el entendimiento siempre han sido para ella dos cosas diversas, como la ciencia y el carácter; y no puede citarse de ella un hecho solo, que suponga identificado en lo especulativo y abstracto lo que ella sábiamente asocia y combina en lo práctico y concreto. ¿Qué ha sucedido pues? que mientras la filosofía, convirtiendo el análisis en una hacha de dos filos, ha reducido á pedazos la sociedad, despues de haber intentado dividir en infinitos fragmentos las ideas; la Iglesia católica, no ha demarcado con exactitud las distinciones que la naturaleza indica desde los primeros lineamientos de la ciencia, sino para establecer, consolidar y perpetuar en la práctica esa unidad maravillosa que

viene á refundir en el carácter los conocimientos y las virtudes del individuo, la civilización y las costumbres de la sociedad. Si Señores, la Iglesia se ha levantado mas temprano que la filosofía, y formado desde el principio ese plan sublime de educación, vanamente combatido por los magníficos ensayos de tantos absurdos como se le han opuesto siempre con los hechizos de la novedad, la énfasis del orgullo y las ridículas pretensiones de una vanidosa ignorancia.

La Iglesia Señores, todo lo distingue en lo especulativo, todo lo combina en lo práctico; y por esto ella es la única que puede lisonjarse de poseer en efecto una educación física digna del hombre, una educación literaria digna de la virtud, una educación moral digna de la verdadera filosofía. Bajo este triple aspecto intento considerar su sistema, no ménos para demostrar la bondad de sus principios, que para hacer sensible la impotencia de la filosofía.

Comenzando por la parte física, la Iglesia se halla siempre en el medio, como la virtud. Tal vez ella ha comprendido mejor, que el hombre intelectual se desarrolla y crece á expensas del hombre físico, y al contrario; y por lo mismo, ella es también la única que, sin hacer alarde de sus ideas, sin plantar gimnasios, sin inventar palabras nuevas en vez de protoger la marcha gradual de la naturaleza, ha encontrado ese sabio temperamento que nos ha hecho admirar su maravilloso tino en una multitud innumerable de grandes hombres que se han formado en su seno. La educación física exige: primero, medios de conservación; he aquí el alimento y el sueño; segundo, medios de incremento y desarrollo, he aquí los ejercicios corporales; tercero, medios de civilidad y cultura, he aquí el ornato y la decencia exterior. En es-

tos tres puntos, ¿cuáles son los obstáculos? tres principalmente: primero, las exageraciones y vicios que hacen inútil el alimento y aceleran la destruccion; segundo, el exclusivismo de la gimnástica, que cuando traspasa su órbita, parece forzar la naturaleza humana al carácter violento de una condicion puramente animal: tercero, el refinamiento de la moda, que comenzando por fijar la preferencia de la juventud en la parte puramente exterior, acaba por imposibilitar en ella el vigor de la inteligencia y la fuerza del carácter. En vista de lo expuesto, fácil es concebir, que el grande secreto de la educacion fisica consiste, no precisamente en que los alumnos coman, duerman, vistan y ejerciten sus fuerzas: porque esto es mui poca cosa para elevarse á la condicion de un arte de la primera importancia; sino en que lo hagan todo con aquella sábia medida que la naturaleza viciada tiende á exceder, y que solo puede obsequiar la naturaleza ilustrada por la doctrina y corregida por la moral. La religion permite el alimento, y condena la gula: muestra en la sobriedad el mas precioso elemento de conservacion, y deja obrar á la naturaleza en el ejercicio de las fuerzas corporales; pero dirigiendo suavemente su accion, hace que todo en ella se proporcione á la carrera de cada uno: no lleva la iniciativa en la moda; pero es la única que ha sabido unir y combinar con la hermosura de las formas exteriores, la noble ingenuidad de la inocencia y el encanto indefinible de la virtud.

No diré que solo ella es capaz de decir al hombre lo que debe hacer para conservarse; pero sí, que es la única que posee los medios de hacer efectiva la verdadera teoria de la conservacion. Se culpa demasiado al clima,

á los alimentos, á las destemplanzas de la atmósfera, cuando se buscan las causas que debilitan las fuerzas, menoscaban la salud y aceleran la muerte; pero no se reflexiona que, si vinieran á este proceso todos los datos que supone indispensablemente un sabio y equitativo fallo, mas de una vez brillaria la inocencia de todas estas cosas, al aparecer de tantos vicios secretos y públicos tambien, á quienes cabe la mayor parte en la obra funestísima de la destruccion de la vida. Desengañémonos, Señores: hai en la filosofia tanta presuncion como impotencia, y nada puede haber que le sea tan desfavorable, como la perspectiva penosa de la nulidad de sus esfuerzos para la conservacion y desarrollo del hombre físico, despues de haber concentrado en la materia todo el objeto de sus conatos y el vário sistema de su accion. Pero vengamos á la parte literaria.

XIII.

La educacion literaria exige estímulos para el estudio, medios de perfeccion, direccion en el uso y aplicacion de los conocimientos, discernimiento y tacto para mantener con los hombres ese comercio de luces, en que por falta de educacion literaria, pretenden algunos condenar á los otros á pagarles el pesado tributo de la paciencia, del sufrimiento que son indispensables para tolerar al hombre enciclopédico, al vano discurridor, al sabio presuntuoso, al que de todo se precia, ménos de hablar como y cuando conviene. Una emulacion bien sostenida que tenga por basa el conocimiento del mérito ageno que se trata de aventajar, y nunca la rivalidad y la envidia; un sistema de recompensas en que se estime más la benevolencia que el don, y en que la gratitud del

recompensado cierre todas las puertas al orgullo; una estimacion de los conocimientos y de los talentos en que no se rehuse la que se debe al concurso de la fe y á la superioridad de las virtudes; máximas importantes sobre la conducta que debe seguirse en la vida literaria; ensayos frecuentes que faciliten su práctica: he aquí los puntos capitales que debe abrazar en materia literaria un buen sistema de educacion.

Ya veréis Señores, en primer lugar, que las letras, por explicarme así, necesitan, igualmente que los hombres, de un sistema de educacion. Los mas grandes conocimientos serán inútiles, por no decir perniciosos, si no se apoyan en la moral; pero nunca tendrán esta basa, si no la buscan en la religion. Hai vicios y pasiones propias del literato, y vicios y pasiones mas tenaces y por ventura de mayor consecuencia que las del vulgo. El orgullo, la vanidad, el zelo, la rivalidad, la envidia, no conocen mas que un freno, y ya supondréis que este freno no se labra por cierto en los talleres de la filosofía. Si Sócrates dijo que todo se ignoraba, perdonad Señores, que me vea mui tentado á creer, que el filósofo ateniense estaba ménos ocupado de su ignorancia, que atento á los avances del orgullo filosófico de los otros. La verdadera modestia es hija legítima de la humildad, así como esta preciosa virtud es una creacion exclusiva del cristianismo. Desde el conocimiento de sí propio hasta la negacion de sí mismo hai la misma distancia que del entendimiento al corazon. Pero aun aquella ciencia importantísima que inflamaba tanto los deseos de la sábia antigüedad, no llegó á franqueársele nunca, ni hubiera tal vez aparecido, si no hubiese brillado en el teatro de la filosofía la luz que preparaba el

Verbo para ilustrar al hombre desde su arribo á la existencia. Esta preciosa educacion que la Iglesia da, engendra dos nobles aspiraciones en el alma de un literato: primera, la de estar siempre consagrado á los triunfos de la verdad; segunda, la de no estudiar para sí mismo, sino para llenar el deber eminentemente social de ser útil á los otros. No bosquejaré, Señores, el cuadro de un literato tal como le moraliza la filosofía; pero sí llamaré vuestra atencion hácia la conducta social de esas antorchas clarísimas que han sacado su luz de la grande escuela católica. Recordad lo que fueron para la sociedad los Padres de la Iglesia, y la conducta social que ha distinguido á tantos sabios eminentes á la par por su ciencia que por su virtud. Grato fuera para mí haceros admirar los mas insignes monumentos que descuellan en el teatro de la sabiduría eclesiástica, donde vemos que el genio mas fecundo, el talento mas precoz, la erudicion mas prodigiosa y el gusto mas delicado, ocupan el segundo rango, adunándose todos para servir de brillante cortejo, no á la urbanidad filosófica, sino á la modestia ingenua, á la humildad cristiana. Pero esto seria la materia de un libro, y yo estoy sujeto á limites mui estrechos. Sin embargo, no concluiré sin tributar aquí un homenaje al incomparable mérito del Cisne de Cambrai. Este Pontífice ocupaba la atencion del mundo cuando tuvo que luchar en la region del misticismo con la águila de Meaux. Pero habló Roma, decidió la célebre cuestion, y el grande hombre, el eminente literato, el sabio consumado, el filósofo profundo, el orador insigne, el poeta esclarecido, Fenelon, olvidando al parecer toda su gloria literaria, sin apercibirse siquiera de todas las sociedades que sobre él tenian clavada

su vista, se presenta en la cátedra de la verdad, lee él mismo la sentencia que condena su libro, somete toda su razon á este fallo y le condena él á su turno, empleando su autoridad, para impedir la lectura de un libro que habia sido el fruto de sus estudios, sus meditaciones y sus vigiliás. ¡Admirable triunfo de la educacion católica! ¡poder sublime sobre sí mismo, que solo la religion cristiana es capaz de comunicar!

Dejemos pues á la filosofia y á la política del siglo agotarse en invenciones y variar como los calendarios sus planes de educacion. La Iglesia debia moralizar al mundo, y no pudiendo llegar al corazon, sino por el camino del entendimiento, comenzó por obligar á los grandes y á los sabios á descender á la region de los pequeños: la empresa era ardua; pero la sabiduría quedó vencida; y este sacrificio tan grande en sus principios, ha perdido ya este carácter, digámoslo así, desde que los sabios han conocido por experiencia propia, que con rendirse á la fe y someterse á la moral, no hacian mas que cambiar una chispa de inteligencia por un astro que ilumina los mundos, y una pretension vanidosa por un título imprescriptible de felicidad y de gloria.

Pero, ¿porqué medios Señores, la Iglesia desarrolla un influjo tan prodigioso, hasta el extremo de producir estos cambios inauditos en los primeros sabios del mundo? No es este por fortuna un secreto cuyo descubrimiento empeñe demasiado los recursos de la inteligencia. Todo consiste en que la Iglesia entiende que, si al recibir en sus colegios á la juventud, hubiera de ceñirse á inculcarla los principios de las ciencias, léjos de hacer un bien positivo á la sociedad, precipitaria el mayor de los males sobre su constitucion, y haria un per-

juicio irreparable aun al mismo sistema de los conocimientos. Ilustrando el entendimiento, se sirve continuamente del gobierno de la voluntad, proveyéndose de antemano de todos los correctivos precautorios contra la inaccion, el desconcierto y la vaguedad de las facultades del espíritu, moralizando las ciencias y uniendo constantemente en la práctica la enseñanza con la educacion. Pero sin advertirlo, me encuentro ya en el caso de hablaros sobre el tercer punto, en que ya se trata de la educacion por excelencia, de la educacion moral.

XIV.

Instruir el entendimiento con la exposicion frecuente de la doctrina católica, mover la voluntad con la moral y el ejemplo, regenerar la conciencia con la aplicacion de la gracia: he aquí señores, bien lo sabéis, el principio que gobierna la accion del cristianismo y el tema universal de la educacion eclesiástica. ¿Qué puede apetecerse para la mas perfecta formacion del hombre social, que no facilite un sistema que reúne los documentos de la religion, las máximas de la moral y el ejercicio práctico de la virtud? ¿Se trata por ejemplo de los miramientos y consideraciones recíprocas y diversas que se deben los hombres? La doctrina fija y establece todas las relaciones sociales, y pocas líneas de su pequeño libro bastan á un niño para reconocerlas, distinguiendo con maravillosa exactitud las diferencias que debe observar en su trato con sus mayores, sus iguales y sus inferiores. ¿Se trata de la moderacion en sus palabras? La doctrina religiosa le prescribe la mas rigurosa sobriedad, y le pide cuenta de todo aquello que no puede colocarse entre lo útil ó lo necesario. ¿Se busca la modestia del porte, la de-

cencia, el aseo &c. &c.? La lei que él aprende levanta sobre la humildad el edificio de las virtudes, somete á un rigoroso deber la limpieza del cuerpo y la del alma, y condena todas aquellas cosas que pueden hacernos insoportables ó molestos para los hombres con quienes tratamos.

Si de la doctrina pasamos á la persuasion que mueve la voluntad, ¿qué resortes pudiera envidiar la religion á la filosofia? La persuasion filosófica descansa en los puros actos externos; la persuacion religiosa se lamenta de no haber conseguido nada, miéntras no produce la reforma del hombre interior. Tal es el carácter de la persuacion cristiana. Los motivos que la determinan se refieren todos á la necesidad gloriosa de conservar inalterables las relaciones en que se halla cada uno con el autor de la naturaleza y con el resto de los hombres: los medios que la impulsan son precisamente los temores sobrenaturales, las esperanzas eternas, las inspiraciones generosas y augustas del amor divino.

No se trata, pues, de una persuacion estéril, tampoco de producir instantáneamente en favor de una idea feliz un movimiento fugitivo: se trata de radicar profundamente en el alma las inclinaciones benéficas, de colocar la piedad entre nuestros sentimientos mas caros, de inscribir la virtud al frente de nuestras necesidades mas imperiosas, mas irresistibles y mas dulces. ¡Designio sublime á la verdad; pero inaccesible al poder mezquino y precario de esa filosofia que todo pretende sacarlo de su propio fondo!

El conocimiento perfecto del hombre interior es indispensable para la formacion perfecta del hombre exterior; y este conocimiento solo ha podido entrar en el cómputo de la educacion religiosa. ¿Podria adquirirse decidme, esta ciencia tan importante, ni ménos en el

grado suficiente y necesario para el régimen de la voluntad, sin esa menada y sincera manifestacion que hace cada uno de sí mismo al ministro de la Penitencia? ¿Qué recursos podia tener, Señores, en sus previsiones y en sus cálculos la razon humana, para registrar esos senos profundos en que se agitan sin cesar los motivos secretos de la conducta y los principios misteriosos de nuestras acciones? ¡Ah! todo quedó sometido al hombre desde el principio del universo, ménos la voluntad; y esa vista de la inteligencia que salva los espacios inmensos y visita los mundos inaccesibles, vanamente procura descubrir por sí sola los arcanos profundísimos del corazón humano. Este universo mas inmenso, digámoslo así, mas complicado, mas impenetrable que el universo físico, jamas ha querido rendirse al hombre, ni habia podido exponerse á las especulaciones filosóficas, sino desde que la religion lo hubo conquistado para las ciencias y para el poder. Cuando no considerásemos, pues, el sacramento de la confesion, sino bajo sus relaciones filosóficas, deberíamos convenir desde luego, en que él solo excedia con mucho á cuanto la razon humana ha podido discurrir para rectificar la marcha de la conducta. Pero no, la penitencia no es un medio filosófico, sino un recurso divino, en que por la comunicacion íntima de la gracia, el hombre queda perfectamente sano, y el alma recibe progresivamente un incremento sublime de vigor y de poder, que la dispone siempre al triunfo de las pasiones y á la bella conquista de las virtudes. ¿Será extraño que consideremos nosotros la frecuencia de los santos sacramentos, como el centro comun de todos nuestros designios, de todas nuestras ideas, de todos nuestros trabajos en orden á la educacion de la juventud?

He aquí, Señores, sucintamente puesto á vuestra vista con la instruccion catequística, la persuacion cristiana y la frecuencia de los santos sacramentos, el sistema completo de nuestras ideas en órden á los principios que deben presidir, los medios que deben aplicarse y los fines á donde ha de ser encaminada la educacion de la juventud.

XV.

¿Pero de qué servirían, decidme, todos estos recursos, si la eleccion de las personas á quienes ha de ser confiada la enseñanza y la educacion pública no correspondiese al carácter, al sistema y á la fuerza de nuestras convicciones en tan importante materia? Tened presente, que si no puede darse un paso acertado sin una línea de unidad, sin principios seguros, sin medios adecuados, tampoco podrá conseguirse nada, sin la aptitud intelectual y moral, esto es, sin los talentos, el saber, el prestigio, el zelo y las virtudes de los regentes y los maestros.

Mas al tocar este punto, entro con pena en la tercera cuestion: porque viéndome arrastrado por mis convicciones á sostener que el talento, la instruccion y la probidad son indispensables, pero no suficientes para dar el lleno á establecimientos como el nuestro, podrá parecer que el espíritu de corporacion, ménos que la razon y la experiencia las han determinado. Sin embargo, una traicion á la verdad es mas temible que atraerme por un culpable silencio las detracciones gratuitas de un siglo preocupado. Digo pues, que el estado eclesiástico tiene á su favor cuanto pudiera apetecerse para llevar á la última perfeccion la enseñanza pública y la educacion secundaria de la juventud estudiosa; y á efecto de probarlo, me cuidaré de aplicar exclusivamente mis propias re-

flexiones, dejando mas bien que hable ántes que yo uno de los mas eminentes escritores de la época moderna.

„Siendo necesario, dice Mr. Bonald, una educacion perpetua, universal y uniforme, y debiendo tener los mismos caracteres el instructor á quien ella esté cometida, lo es, en consecuencia un cuerpo, porque solo en él pueden aquellos caractéres reunirse. Este cuerpo no puede ser puramente secular: porque, ¿dónde estaria el vínculo capaz de asegurar su perpetuidad y su uniformidad? ¿Será el interes personal? pero los seculares tendrán ó pueden tener una familia, en cuyo caso pertenecerán á su familia mas que al Estado; á sus hijos mas que á los hijos de los otros; á su interes personal mas que al interes público: porque el amor de sí mismo, que muchos han querido convertir en el vínculo universal de los hombres, es y será siempre el mortal enemigo del amor de los otros....”

„Si los instructores públicos son seculares, aunque por otra parte sean célibes, no podrán formar cuerpo entre sí: su agregacion fortuita no será mas que una sucesion continua de individuos, que entran para vivir y salen para establecerse.... Es pues necesario un cuerpo religioso, un cuerpo reunido por votos; porque es tan imposible un cuerpo sin votos como una sociedad sin religion.... Es necesario un cuerpo, porque es de todo punto indispensable procurar en la educacion pública, perpetuidad, generalidad, uniformidad; aun en el traje, en el alimento, en la instruccion: una misma distribucion de las horas de estudio y reposo, unos mismos maestros, unos mismos libros, unas mismas prácticas: uniformidad en todo y por todo, en todos los tiempos y en todos lugares. Una vez hecha la organizacion por los hombres, probada por el tiempo, corregida por la experiencia, el ministro de